

HISTORIA 396  
ISSN 0719-0719  
E-ISSN 0719-7969  
VOL 14  
N°2 - 2024  
[209-238]

## **ENFERMEDAD, MUERTE, ENTIERROS Y RETRATOS DEL ARZOBISPO DE SANTAFÉ DON BERNARDINO DE ALMANSA (1631-1639)**

*DISEASE, DEATH, BURIALS AND PORTRAITS OF THE  
ARCHBISHOP OF SANTAFÉ DON BERNARDINO DE  
ALMANSA (1631-1639)*

**Abel Fernando Martínez-Martín**

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia  
abelfmartinez@gmail.com

**Andrés Ricardo Otálora-Cascante**

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia  
arotalorac@unal.edu.co

### **Resumen**

Este artículo aborda la enfermedad, muerte, entierros, representaciones y traslado del arzobispo de Santafé, Bernardino de Almansa, a causa de la epidemia doble de tifus exantemático y de viruela que asoló al Nuevo Reino de Granada en la cuarta década del siglo XVII. Describe la llegada del arzobispo a Santafé y su enfrentamiento con el presidente de la Real Audiencia y las órdenes religiosas, lo que fue una fuerte tensión por la consolidación de la arquidiócesis bajo el Real Patronato. Las luchas políticas del arzobispo Almansa se enmarcan en el enfrentamiento entre criollos y peninsulares, hecho que se explora a través de fuentes de la historia, la literatura, la medicina colonial y el arte barroco neogranadino. La figura de este prelado limeño y su corto y polémico mandato ha sido enmascarada por la de su sucesor Cristóbal de Torres. El arzobispo Almansa fue responsable de emplear nuevamente, con fines taumatúrgicos, el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá durante la doble epidemia en Tunja y Santafé. El entierro y el traslado del cuerpo del arzobispo Almansa y la exaltación de sus virtudes más allá de la muerte, a través del olor de santidad y la incorruptibilidad de su cadáver, son estudiados en este trabajo.

**Palabras clave:** Nuevo Reino de Granada; Arquidiócesis de Santafé; epidemias; olor de santidad.

### Abstract

This article deals with the illness, death, burial, representations and transfer of the Archbishop of Santafé, Bernardino de Almansa, due to the double epidemic of exanthematic typhus and smallpox that devastated the Nuevo Reino de Granada in the fourth decade of the 17th century. It describes the arrival of the archbishop in Santafé and his confrontation with the president of the Real Audiencia and the religious orders, a strong tension caused by the consolidation of the archdiocese within the framework of the Real Patronato. The political struggles of Archbishop Almansa are framed within the confrontation between criollos and Spaniards, which is explored through sources from history, literature, colonial medicine, and the Baroque art of New Granada. The figure of this Lima prelate and his short and controversial mandate has been obscured by that of his successor, Cristobal de Torres. The Archbishop of Almansa was responsible for the reuse of the image of the Virgin of Chiquinquirá for thaumaturgical purposes during the double epidemic in Tunja and Santafé. The burial and transfer of the body of Archbishop Almansa and the exaltation of his virtues beyond death, through the odour of sanctity and the incorruptibility of his corpse, are studied in this work.

**Keywords:** New Kingdom of Granada; Archdioceses of Santafé; Epidemics, Odour of Sanctity.

### INTRODUCCIÓN

Este artículo parte desde lo consignado por cronistas de los siglos XVII y XVIII, los hermanos Bruno y Pedro de Solís y Valenzuela, Juan Flórez de Ocáriz, Juan Rodríguez Freyle, Alonso de Zamora y Pedro Tobar y Buendía<sup>1</sup>. El historiador Jaime Humberto Borja sostiene sobre los textos escritos en los siglos coloniales que los historiadores del siglo XIX y del XX “escogieron las crónicas como las únicas representantes de la escritura de la historia. Esto implicó la exclusión de otros textos, como las ‘vidas ejemplares’ (...), invalidados por una lectura positivista, debido a que planteaban hechos ‘prodigiosos’, que consideraban cargados de una alta dosis de ficción”<sup>2</sup>. A las anteriormente mencionadas, se le suman fuentes de archivo y secundarias, como las obras de monseñor José Restrepo Posada, el dominico fray Alberto Ariza, el jesuita Juan Manuel

1 Este artículo es resultado del proyecto “Historia del Hospital de Tunja 1553-1835” del Grupo de Investigación Historia de la Salud en Boyacá-UPTC de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC). Fue financiado por el Museo de Historia de la Medicina y la Salud de la UPTC en Tunja (Colombia).

2 Borja, Jaime. “Historiografía y hagiografía: vidas ejemplares y escritura de la historia en el Nuevo Reino de Granada”. *Fronteras de la Historia*, Vol. 12, 2007, pp. 53-78, p. 53.

Pacheco y el historiador español Manuel Lucena Samoral. Se analizan, además, dos representaciones pictóricas anónimas del criollo arzobispo de Santafé don Bernardino de Almansa.

Esta es una reflexión narrativa que enlaza pensamientos, acontecimientos e imágenes, lo que no está de moda en esta modernidad tardía, donde el *phono sapiens* difunde instantes, acumula datos, escribe frases cortas y se explota a sí mismo<sup>3</sup>. Este artículo de historia sociocultural de la medicina y la salud es el tercero de una serie<sup>4</sup> que se enmarca en la doble epidemia de viruela y tabardillo que asoló el Nuevo Reino de Granada en la cuarta década del siglo XVII, centrándose en la enfermedad, muerte, entierros, retratos y el tornaviaje desde la villa de Leiva hasta Madrid de los restos del arzobispo Almansa, quien fuera la más ilustre de las víctimas de la doble epidemia que puso en crisis al Nuevo Reino.

La primera población de la sabana de Bogotá, en el camino a la capital del Nuevo Reino, afectada por la doble epidemia de viruela y tífus exantemático<sup>5</sup> (conocido como tabardillo), según las *Anuas* jesuitas, fue Facatativá<sup>6</sup>. El historiador José Manuel Groot relacionaba a este poblado con el presidente de la Real Audiencia de Santafé, Sancho Girón, marqués de Sofraga<sup>7</sup> y con el enfrentamiento que sostuvo con el arzobispo Bernardino de Almansa, en la cuarta década del siglo XVII. De Facatativá paso al arzobispo a la capital del reino:

---

3 Han, Byung-Chul. *La crisis de la narración*. Bogotá, Herder, 2023.

4 El Grupo Historia de la Salud en Boyacá de la UPTC ha publicado dos artículos anteriores sobre este mismo periodo. El primero aborda el papel taumatúrgico del cuadro de la Virgen de Chiquinquirá: Martínez, Abel y Otálora, Andrés. "Una celestial medicina. La Virgen de Chiquinquirá y las pestes de 1587 y 1633 en Tunja". *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, N°50, 2019, pp. 41-68. El segundo, sobre la catástrofe demográfica en relación con la epidemia doble: Martínez, Abel y Otálora, Andrés. "La peste que dejó despobladas las casas y yermas las ciudades en el Nuevo Reino de Granada, 1633". *HISTOReLo Revista de Historia Regional y Local*, Vol. 15, N°34, 2023, pp. 205-239.

5 La peste que asoló el Nuevo Reino de Granada en la cuarta década del siglo XVII fue la confluencia de dos epidemias, una de viruela y otra de tífus exantemático o tabardillo, enfermedad transmitida por piojos, que provocó una crisis sanitaria, social y económica que marcó el colapso definitivo de la población indígena. Las consecuencias de la doble epidemia fueron el despoblamiento, la hambruna, la llegada de los hermanos de Juan de Dios a administrar los hospitales del Reino y la instalación de la primera cátedra de medicina en Santafé.

6 Del Rey-Fajardo, José y Gutiérrez, Alberto (eds.). *Cartas Anuas de la provincia del Nuevo Reino de Granada. Años 1638 a 1660*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana/Archivo Histórico Javeriano Juan Manuel Pacheco, p. 27.

7 Sancho Girón (Talavera de la Reina, c. 1596-1647?). Caballero de la Orden de Alcántara (1608), noble reciente, de escaso caudal, sucedió a su tío en el marquesado de Sofraga. Bajo el reinado de Felipe III sirvió en Flandes, fue corregidor de Segovia (1623) y, en 1629, fue nombrado gobernador, capital general y presidente del Nuevo Reino de Granada (1630-1637). Entró en Santafé en febrero de 1630. Se ocupó de la pacificación de los Carares para lo que fundó la villa de Girón (1631), los problemas en las minas de las Lajas y el conflicto con el arzobispo Almansa. En su juicio de residencia fue condenado en la península a una cuantiosa multa. Lucena, Manuel. "Capítulo VII". Academia Colombiana de Historia (ed.). *Nuevo Reino de Granada: Real Audiencia y presidentes*. Tomo II. Presidentes de Capa y Espada (1628-1654). *Historia Extensa de Colombia*. Vol. III. Bogotá, Lerner, 1967, pp. 95-174, p. 137.

“En Facatativá habían empezado las hostilidades contra el señor Almansa, por parte del presidente, y de ese mismo pueblo salió la epidemia más cruel que ha visto la Nueva Granada. Llamaban entonces *tabardillo* a aquel mal [...] no se le ha vuelto a ver tan contagioso, tan general, ni tan mortífero y tenaz como entonces”<sup>8</sup>.

La ira divina fue entendida como causa de la doble epidemia, mezcla de tifo exantemático y viruela, proclamada por los atribulados habitantes. Estos tenían claro que no se trataba de un castigo genérico, sino que la gran morbilidad y mortalidad producida se debía a los incidentes que enfrentaron en Santafé al presidente de la Audiencia, Sancho Girón y al arzobispo Bernardino de Almansa<sup>9</sup>.

El bachiller Pedro de Solís y Valenzuela titula el capítulo VIII de su obra *Epítome Breve de la Vida y Muerte del Ilustrísimo Doctor Don Bernardino de Almansa*: “Del Castigo General de peste que envió Nuestro Señor a Santa Fe y su provincia”. En el libro, que fue hecho por el “Bachiller Pedro de Solís y Valenzuela, Notario del Santo Oficio de la Inquisición, sacado de los escritos del Padre Don Bruno de Valenzuela Monje Cartujo, su cronista”, el escritor santafereño, tras precisar que se trata de un breve compendio de “la heroica vida del Ilustrísimo Príncipe don Bernardino de Almansa”, un “dechado de virtudes”, afirma que, “no es decente que el olvido oculte la memoria de tan ilustre Príncipe”, toda una “vida ejemplar”. Solís sostiene que la causa de la peste fue la ira divina:

“El hambre, la guerra y la peste son efectos de la ira de Dios y se pudieran referir muchos ejemplos de castigos públicos, que ha hecho Dios nuestro Señor, por no obedecer a la Iglesia ni a sus censuras, y es bien manifiesto el presente, en que la ciudad de Santa Fe fue castigada con general peste en toda su provincia, por rebeldes a su Prelado”<sup>10</sup>.

## EL ARZOBISPO DON BERNARDINO DE ALMANSA

Bernardino de Almansa Carrión (1579-1633), criollo nacido en Lima, había sucedido en el cargo al arzobispo Julián de Cortázar y Carrillo, tras su muerte

- 
- 8 Groot, José Manuel. *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, escrita sobre documentos auténticos*. Tomo I. Bogotá, M. Rivas y Cía., 1889, p. 286.
  - 9 Al arzobispo no le faltaron encuentros y disgustos con el presidente, marqués de Sofraga, y con Antonio Rodríguez de San Isidro Manrique, visitador de la Audiencia. Rodríguez Freyle, Juan. *El Carnero. Según el otro manuscrito de Yerbabuena*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1997 [1859], p. 333; Lucena, “Capítulo VII”, p. 139.
  - 10 Solís y Valenzuela de, Pedro. *Epítome breve de la Vida y Muerte del Ilustrísimo Doctor Don Bernardino de Almansa, Criollo de la Ciudad de Lima, Tesorero de la Ciudad de Cartagena, Arcediano de La Plata, Inquisidor de Logroño y de Toledo, Arzobispo de la Isla de S. Domingo Primado de las Indias, Arzobispo de la muy noble y leal ciudad de Santa Fe de Bogotá en el Nuevo Reino de Granada...* Lima, Por Pedro de Cabrera, 1646. Colección Fondo Antiguo, Biblioteca Hospital Real, Universidad de Granada, Granada, España, Sala A número 018-203, 27r.

en 1630, por recomendación de la superiora del convento del que era patrono Almansa, madre sor Ana de San Antonio, quien tenía influencia sobre la reina y logró para Almansa una “tierra más sana y de mejor temperamento” que la isla de Santo Domingo en el Caribe<sup>11</sup>. Almansa se formó al lado del segundo arzobispo de Lima, santo Toribio de Mogrovejo, en el seminario y en la Universidad de San Marcos<sup>12</sup>. Juan Rodríguez Freyle (1566-1642) cuenta su biografía:

“Arzobispo de Santo Domingo, natural de la ciudad de Lima, graduado en aquella universidad, de la cual salió a servir un beneficio de indios, y de él promovido por tesorero de Cartagena. Fue provisor de aquel obispado, del cual salió proveído por arcediano de las Charcas, y fue provisor de aquel arzobispado muchos años [...] pasó a la corte de España, y de ella salió proveído por inquisidor de Calahorra y después por arzobispo de Santo Domingo, primado de estas Indias; y antes que saliese de España fue promovido a este del Nuevo Reino de Granada”<sup>13</sup>.

El historiador andaluz Juan Flórez de Ocáriz, quien llegó a Santafé en 1626 y se desempeñó como escribano de Cámara y Mayor de la Gobernación del Nuevo Reino, con acceso a los archivos de la Real Audiencia, complementa la información sobre el “ilustre prelado”, doctor en Cánones e inquisidor de Logroño y Toledo. Dice Flórez de Ocáriz que Bernardino de Almansa trabajó en la reedificación de la catedral de Cartagena de Indias en 1586, desempeñándose como Tesorero de Fábrica hasta 1612<sup>14</sup>:

“Nació en la ciudad de los Reyes [...] a 6 de julio del año de 1579 [...] doctor en Cánones; fue cura de Guadalchiri y de Pachacama [...] y de San Sebastián de Lima, Visitador de aquel Arzobispado, Tesorero de Cartagena de Indias y Provisor de su Obispo [...] donde fundó una capellanía y reedificó su catedral, destruida por el corsario Francisco Drake”<sup>15</sup>.

El Bachiller Solís y Valenzuela aclara en el *Epítome* las fuentes utilizadas para escribir el libro dedicado al arzobispo Almansa, compuesto por “muchas cosas, que yo vi, oí y entendí, con mucha certeza”, además de otras referencias, que extrajo “de papeles auténticos e informaciones jurídicas, que están [en] los archivos Arzobispales de la Ciudad de Santafé y de relaciones fidedignas”. Lo principal, aclara, está basado en los escritos de su hermano, testigo de esta

11 *Ibidem*, 9v-10v.

12 Casado, Manuel. “Universitarios al frente del Arzobispado de Santafé de Bogotá. Época colonial”. *Estudios de Historia Social y Económica de América*, N°9, 1992, pp. 161-185, p. 171.

13 Rodríguez Freyle, *El Carnero*, p. 323.

14 Restrepo Posada, José. *Arquidiócesis de Bogotá. Datos biográficos de sus preladados*. Tomo I. 1564-1819. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1961, p. 66.

15 Flórez de Ocáriz, Juan. *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*. Tomo I (1612-1692). Madrid, Joseph Fernández de Buendía, impresor de la Real Capilla de su Magestad, 1674, p. 43.

historia, “Bruno de Valenzuela Monje de la Real Cartuja de Santa María del Paular del cual tiene [...] escrita toda esta historia, y casi en lo más de ella se halló presente”<sup>16</sup>. Ratifica el bachiller la cercanía de los hermanos a los hechos narrados: “estuvo este heroico Príncipe después de muerto mucho tiempo en mi casa” y habla de prodigios tras su muerte: “honró Dios, Nuestro Señor, su muerte con prodigios” y milagros, que no menciona Solís, pues deja a la Iglesia definir acerca de la santidad del arzobispo<sup>17</sup>.

Entró Almansa a Santafé, procedente de Cádiz, donde recibió la real cédula del 22 de mayo de 1629 que lo nombraba arzobispo, cuando se disponía a viajar a Santo Domingo. Desembarcó en Cartagena de Indias, que ya conocía, y vía río Magdalena se dirigió a su diócesis, llegando sin bulas, solo con la cédula real, el 12 de octubre de 1631: “Entró a Santafé en su caballo blanco con aderezos y gualdrapas de terciopelo carmesí”<sup>18</sup>. Un año después, en 1632, recibió el arzobispo las bulas, y la facultad en ellas para que el deán y el arcediano de la catedral le diesen el palio el día de la Purísima Concepción de 1632<sup>19</sup>.

Cuenta Solís y Valenzuela que Almansa llegó enfermo, “con poca salud y mucha fatiga de tan penoso viaje y donde pensaba hallar algún alivio, halló mayores ahogos”<sup>20</sup>, pues inició su enfrentamiento con el presidente de la Audiencia de Santafé, Sancho Girón, el mismo día de su recibimiento en Facatativá. Recuperado, el arzobispo se desplazó a la misión que tenían los jesuitas en Fontibón, donde “de nuevo le atormentó la fiebre y hubo de hacer [allí] cama, y concurrieron a verle casi toda la ciudad, el Cabildo Eclesiástico y la Real Audiencia” y, por supuesto, el presidente, que fue en paz y con su hijo. “Vinieron los médicos y con su asistencia, y algunos remedios que le aplicaron, aliviaron algo el mal; de suerte, que dio lugar a pasar a Santafé”, donde la ciudad le hizo un ostentoso recibimiento<sup>21</sup>.

Pero los problemas de salud del arzobispo continuaron: “Muchas oraciones y plegarias se hicieron en Santafé, y aún en las ciudades de su distrito por la salud del arzobispo”, que para el cronista fueron efectivas. Según el cronista, el prelado limeño recuperó su salud al tiempo que le llegaron las bulas de su arzobispado con un breve del papa Urbano VIII<sup>22</sup>.

16 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, prólogo.

17 *Idem*.

18 Restrepo, *Arquidiócesis de Bogotá*, p. 66.

19 Rodríguez Freyle, *El Carnero*, p. 281; Flórez de Ocariz, *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, p. 44.

20 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 11v.

21 *Ibidem*, f. 12r.

22 *Ibidem*, f. 13r.

## DOS PAVOS REALES QUE SE ENFRENTAN EN EL NUEVO REINO

El Concilio de Trento incluyó la reforma episcopal en la sesión XIII de 1551. Los decretos *Super reformatione* habilitaron a los obispos para reformar las diócesis, empezando por el clero, fortaleciendo el papel del obispo frente a los religiosos tanto seculares como de las órdenes monásticas. En 1563, en las sesiones XXII y XXIII, se otorgó a los obispos la dirección en la construcción de iglesias, la reforma de los cabildos catedralicios y la necesaria residencia del titular en su diócesis<sup>23</sup>.

Antecesores de Almansa en la arquidiócesis - Zapata de Cárdenas, y Loboguerrero- fueron aumentando el número de doctrineros y sustituyendo a los miembros de las órdenes religiosas por sacerdotes del clero secular<sup>24</sup>. Para contrarrestar la falta de clérigos en doctrinas y parroquias, Zapata de Cárdenas autorizó la ordenación sacerdotal de los nacidos en América, política que continuaron sus sucesores<sup>25</sup>. En 1625, la arquidiócesis santafereña contaba con 216 parroquias, 130 administradas por sacerdotes diocesanos y 83 por religiosos. En la provincia de Tunja, los diocesanos eran 72<sup>26</sup>.

El historiador Lucena sostiene que Almansa fue un arzobispo conflictivo que “tuvo problemas graves con la Audiencia, con el visitador y hasta con los mismos religiosos. Ello no quiere decir que don Sancho Girón no fuera también conflictivo, pero indudablemente su capacidad de agresión era mucho menor que la de don Bernardino”<sup>27</sup>. El académico monseñor José Restrepo Posada afirma que en el Nuevo Reino se encontraron “dos caracteres duros, poco amigos de ceder, aferrados a lo que hoy nos parecen nimiedades y las dificultades iban creciendo día a día”, en torno a las competencias y los límites

---

23 Dussel, Enrique. *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Tomo I. Introducción. Salamanca, CEHILA, ediciones Sígueme, 1981, pp. 374-376.

24 Monseñor José Restrepo Posada, académico de la historia, contribuye a la historia de los arzobispos de Santafé, en sus trabajos “Arquidiócesis de Bogotá” (1950) y “El sínodo diocesano de 1556” (1956), donde muestra la difícil organización de la arquidiócesis en sus primeros años. Álzate, Carlos Mario y Benavides, Fabián Leonardo. “Una aproximación a los estudios sobre la Arquidiócesis de Bogotá”. Mancera, Jaime Alberto; Álzate, Carlos Mario y Benavides, Fabián Leonardo (eds.). *Arquidiócesis de Bogotá, 450 años: miradas sobre su historia*. Bogotá, ediciones USTA, 2015, pp. 15-32, p. 18; Pacheco, Juan Manuel. “La evangelización en Colombia”. Dussel, Enrique (coord.). *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Tomo VII. Colombia y Venezuela. Salamanca, CEHILA, ediciones Sígueme, 1981, pp. 17-39, p. 26.

25 La arquidiócesis de Santafé requirió durante la implementación de la estrategia tridentina en la primera mitad del siglo XVII del apoyo de la Real Audiencia y de los cabildos. La mala relación existe entre los poderes civil y eclesiástico en el Nuevo Reino de Granada ya se había presentado entre el arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero y el presidente Juan de Borja y alcanzaría nuevas cotas con el enfrentamiento entre Almansa y Girón. Cobo Betancourt, Juan Fernando. “La consolidación del clero secular y la recepción del catolicismo tridentino, 1600-1654”. Mancera, Álzate y Benavides (eds.), *Arquidiócesis de Bogotá, 450 años*, p. 109.

26 Pacheco, Juan Manuel. “La organización de la iglesia en Colombia”. Dussel (coord.), *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Tomo VII, pp. 127-156, p. 147.

27 Lucena, “capítulo VII”, p. 139.

de cada uno dentro del Real Patronato<sup>28</sup>. Un ejemplo de esta tensión es el caso del arreglo de la catedral para terminar la torre y el cementerio, que había iniciado el arzobispo Barrios, obra que reemprendió Almansa en 1632 y que el presidente Girón intentó impedir<sup>29</sup>.

Lucena compara a Almansa y a Sancho Girón con dos pavos reales, uno noble español, otro criollo. La primera de las causas del conflicto fue “el orgullo desmesurado de ambos, pues el presidente acababa de ingresar en las filas de la nobleza, obteniendo el título de Marqués de Sofraga y el arzobispo se había contagiado de la manía española de la ostentación y de los tratamientos rimbombantes”<sup>30</sup>, característicos del barroco y teatral siglo XVII, siglo en que se enfrentaron el bando criollo, liderado por el arzobispo Almansa al que se afilian los hermanos Solís y Valenzuela y el pintor Acero de la Cruz<sup>31</sup>, todos criollos santafereños, y el de la nobleza española, representado por el marqués de Sofraga. Almansa, antes de ser arzobispo de Santafé, ya había tenido problemas por su temperamento cuando trabajó en la diócesis de Cartagena de Indias.

Por edicto del 14 de enero de 1632, el arzobispo Almansa retiró a los regulares y a todos los sacerdotes de la diócesis la licencia de confesar y predicar hasta presentar un examen, lo que lo enfrentó con sus mismos sacerdotes y con los provinciales de las cuatro órdenes religiosas masculinas de Santafé, causando una inédita huelga de confesores. Los provinciales dominico, jesuita, franciscano y agustino resolvieron abstenerse de confesar<sup>32</sup>. También tuvo el arzobispo un duro altercado con los jesuitas y se caracterizó por frecuentemente excomulgar a sus rivales<sup>33</sup>.

En el Nuevo Reino de Granada, en el siglo XVII, los investigadores encuentran un buen entendimiento entre la jerarquía eclesiástica y la Real Audiencia, “a

28 Restrepo, *Arquidiócesis de Bogotá*, p. 68. Basado en el Real Patronato, la Corona era la encargada de presentar las dignidades eclesiásticas en Indias. La obligación de los monarcas era atender el gasto para la construcción y sostenimiento de iglesias. Ots Capdequí, José María. *El Estado Español en las Indias*. México, El Colegio de México, 1941, p. 59.

29 Briceño Jáuregui, Manuel. “Don Bernardino de Almansa, personalidad discutida”. *Orientaciones Universitarias*, N°52, 2017, pp. 93-115, pp. 103-104.

30 Lucena, “capítulo VII”, p. 140.

31 Antonio Acero de la Cruz nació a principios del siglo XVII y ejerció la pintura en su natal Santafé durante gran parte de este barroco siglo. Hijo de un artesano español, es reconocido como el primer pintor criollo en el Nuevo Reino y fundador de la escuela santafereña de pintura. Ejerció también la poesía y la arquitectura y estableció un taller familiar en el barrio de Las Nieves, donde murió en septiembre de 1669. Su obra conocida es escasa, entre la que destaca sus inmaculadas y “Santo Domingo en la batalla de Monforte” en Bogotá y en el convento franciscano de Monguí. Martínez Zulaica, Antonio. *Las artes plásticas en Boyacá*. Tunja, Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá, 1983, p. 77; Gil Tovar, Francisco. “Los primeros pintores criollos”. Barney-Cabrera, Eugenio (ed.). *Historia del Arte Colombiano*. Tomo 3. Bogotá, Salvat, 1975, pp. 820-825; Arbeláez, Carlos y Gil Tovar, Francisco. *El arte colonial en Colombia*. Bogotá, Sol y Luna, 1968, pp. 149-152.

32 Pacheco, Juan Manuel. “Historia Eclesiástica Tomo II: La consolidación de la Iglesia. Siglo XVII”. Academia Colombiana de Historia (ed.). *Historia Extensa de Colombia*. Vol. XIII. Bogotá, Lerner, 1975, p. 95.

33 Lucena, “capítulo VII”, p. 171.



excepción de los años en que ocupó la silla arzobispal Almansa”<sup>34</sup>. Al comunicar a la corte su muerte, la Audiencia de Santafé consignó el 27 de julio de 1634 que, tras la muerte del arzobispo, “Audiencia y Reino gozan de paz y quietud”<sup>35</sup>. Lucena concluye el capítulo de la *Historia Extensa de Colombia* con los efectos de la muerte de Almansa, al que califica como “una de sus pesadillas más terribles de todos los tiempos. Los clérigos, el visitador, la audiencia y el presidente descansaron también el día que supieron la noticia de su muerte”<sup>36</sup>.

## LA VISITA AL ARZOBISPADO, LA PESTE GENERAL Y LA VIRGEN DE CHIQUINQUIRÁ

Antes de la navidad de 1632 partió don Bernardino de Almansa de Santafé para visitar su arzobispado. Durante esta visita no disminuyeron las disputas. Solís testimonia que con la visita arzobispal de Almansa no pararon los enfrentamientos con el presidente de la Audiencia y con el visitador, “ministros reales” que lo perseguían<sup>37</sup>. Llegó el arzobispo a Pamplona, desde donde escribió una carta contra del Marqués de Sofraga el 28 de marzo de 1633<sup>38</sup>. Almansa viajó de regreso a Tunja, capital de la provincia del mismo nombre, donde enfermó a causa de la peste general de tabardillo y pasó luego a la villa de Leiva para atemperar, donde murió a los pocos días<sup>39</sup>.

34 *Ibidem*, p. 143.

35 Briceño, “Don Bernardino de Almansa”, p. 114; Pacheco, *Historia Eclesiástica*, p. 109.

36 Lucena, “capítulo VII”, p. 172. La entrega de la iglesia y el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá fue polémica. Tunja se enfrentó con Santafé para hacer valer sus derechos sobre la imagen. Tras la entrega del cuadro por parte del arzobispo Almansa a los comisionados santafereños en Tunja el 11 de septiembre de 1633, llegó a Santafé el día 16 y se instaló en la capilla mayor de la Catedral, tras solemne procesión, el 26. El arzobispo Almansa había manifestado su interés de realizar la entrega de iglesia y cuadro a los franciscanos, desde su visita pastoral a Chiquinquirá en febrero de 1633, rumbo a Pamplona, donde se encontraba en abril y donde se enfrentó con los franciscanos, que celebraban en esa ciudad su capítulo provincial. Los franciscanos ofrecieron al arzobispo tres doctrinas distintas a las que solicitó y en septiembre de 1633, desde Toca, el arzobispo se mostró favorable a la entrega de Chiquinquirá a los franciscanos, asunto que no pudo concretar en vida. No obstante, con su muerte, el gobernador de la arquidiócesis en Sede Vacante, Gaspar Arias Maldonado y el diezmo capítulo catedralicio, avalaron la solicitud de permuta realizada ante notario por los dominicos sobre la iglesia de Chiquinquirá, el 26 de marzo de 1634, que presentaron al presidente Sancho Girón. El clero secular de Santafé protestó y el caso se llevó a la Real Audiencia. Tunja también protestó y solicitó devolver la imagen a Chiquinquirá. A su arribo a Santafé, en septiembre de 1635, el arzobispo dominico fray Cristóbal de Torres encontró que la iglesia de Chiquinquirá era reclamada por franciscanos, dominicos, el cabildo de Tunja y el clero secular de Santafé. El 15 de abril de 1636, Sancho Girón autorizó la permuta de la iglesia de Chiquinquirá por tres doctrinas dominicas y, el 19 de abril, el arzobispo Torres confirmó la permuta que los religiosos de su orden habían hecho de la iglesia de Chiquinquirá por las doctrinas de Boyacá y Gachetá. El 30 de mayo de 1636 los dominicos tomaron posesión de la casa de Chiquinquirá. Ver: Ariza, Alberto. *Los dominicos en Colombia*. Tomo I. Bogotá, Antropos, 1992, pp. 685-688; Restrepo, *Arquidiócesis de Bogotá*, p. 79; Pacheco, *Historia Eclesiástica*, pp. 125-126; Mantilla, Luis Carlos. *Los franciscanos en Colombia*. Tomo II (1600-1700). Bogotá, Kelly, 1987, p. 222.

37 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 28v.

38 Pacheco, “Historia Eclesiástica”, p. 103. El Cabildo de Tunja respaldaba al presidente en su enfrentamiento con Almansa. “Carta del cabildo secular de Tunja sobre el buen gobierno del presidente Marqués de Sofraga”, Tunja, 21 de octubre de 1632. Archivo General de Indias, Cabildos seculares, Audiencia de Santa Fe, leg. 66, f. 1r-2v.

39 Martínez y Otálora, “La peste que dejó despobladas”, p. 224.

En Tunja, el cabildo y las órdenes religiosas de la ciudad solicitaron al párroco de Chiquinquirá, Gabriel de Rivera Castellanos<sup>40</sup>, nieto del poeta y beneficiado Juan de Castellanos, la imagen de la Virgen de Chiquinquirá con el fin de llevarla una vez más a la ciudad, como en 1587, y así apaciguar la devastadora doble epidemia que la asolaba. Rivera Castellanos negó la solicitud y dos de los procuradores enviados por Tunja se dirigieron a Tinjacá, donde se encontraba el arzobispo Almansa, y ante él expusieron los deseos de la ciudad para que le permitieran trasladar la taumatúrgica imagen. Almansa ordenó a Rivera Castellanos dejar salir la imagen de su casa y trasladarla a la ciudad de Tunja<sup>41</sup>.

Solís, en el *Epítome* de Almansa, a quien coloca en la categoría de santo, narra lo sucedido con la Virgen de Chiquinquirá en Tunja, es decir, su llegada con el tabardillo a la ciudad encomendera, anotando que mientras en Santafé crecía la epidemia, menguaba en Tunja, que presentaba “conocida mejoría” tras el novenario del arzobispo:

“Estaba el arzobispo en Pamplona [...] cuando le llegó aviso de la peste que había picado en Santa Fe [...] mandó que se repartieran de sus rentas abundantes limosnas [...] más de veinte mil ducados y fue tan necesaria que sin ella hubiera muerto mucha gente de hambre, y falta de medicinas, especialmente los miserables indios [...], como cáncer fue cundiendo por todo el cuerpo de la provincia y llegó a la ciudad de Tunja a tiempo, que también había el arzobispo llegado [...]. Comenzó la peste a enfurecerse en la ciudad de Tunja, y el arzobispo a hacer limosnas, a socorrer necesidades [...], tuvo allí noticia de la Milagrosísima imagen de nuestra Señora de Chiquinquirá [...] así, para que en esta tan grande peste fuese su único remedio, determinose traerla a la ciudad de Tunja, para que huyesen los males y los infectados aires se templasen y no causasen tantas muertes [...], comenzó el arzobispo el Novenario de Misas pidiendo la expiación de aquella enfermedad contagiosa a su Reina y Señora, y viose, que había otorgado la súplica y petición con muy clara evidencia: porque al paso que en Santa Fe crecía el mal, menguaba en Tunja, y desde que entró la Imagen, y su ilustrísima le hizo el novenario solemnísimos, hubo conocida mejoría”<sup>42</sup>.

Luego de su paso por Tunja, la Virgen de Chiquinquirá fue enviada a Santafé. La delegación de los cabildos eclesiástico y civil de Santafé se presentó en Tunja el 11 de septiembre, llegando a Santafé el 16<sup>43</sup>. El arzobispo, que había

40 Gabriel de Rivera Castellanos desempeñó el curato de Chiquinquirá por más de 27 años, un año después de la muerte de su abuelo, en compensación por no haber recibido el beneficio de la iglesia mayor de Tunja. Él mismo intervino en las permutas y logró finalmente que se le adjudicara la doctrina de Siachoque. Mientras ejerció el curato en Chiquinquirá, techó el templo, aderezó la iglesia, cubrió las capillas y colocó puertas y ventanas hasta dejarla terminada. Rojas, Ulises. *Juan de Castellanos. Biografía*. Tunja, Imprenta Departamental, 1958, p. 186.

41 Pacheco, *Historia Eclesiástica*, p. 107.

42 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 28v-30r.

43 Martínez y Otálora, “Una celestial medicina”, p. 58.

llegado de Pamplona, pasando Río de Oro, San Juan de los Llanos y Monguí, donde estaba el 23 de agosto, esperó en Tunja la imagen de la Virgen. En Tunja se enfermó de tabardillo y sus frailes y criados lo trasladaron a la villa de Leiva. Almansa presentía que era la última enfermedad de su vida:

“Partida la Imagen de nuestra Señora de Chiquinquirá para Santa Fe, aunque la ciudad de Tunja quedó libre del contagio de la peste tanto que ya casi no había enfermos [...] el Arzobispo se sintió con poca salud y a sus Capellanes y criados, les pareció conveniente mudarlo a la villa de nuestra Señora de Leyva, tierra de sano temple, buenas aguas y muy arbolada de naranjos [...]. El arzobispo les dijo que era superflua la diligencia; porque aquella enfermedad sería la última de su vida”<sup>44</sup>.

Llegado a la villa de Leiva, se hospedó el enfermo arzobispo en la casa del presbítero padre Francisco Rincón Ronquillo, futuro fundador del convento de las carmelitas descalzas de la villa. Almansa falleció, a causa del tífus exantemático, en un aposento de la casa del padre Rincón que se convertiría, años más tarde, en el coro alto del convento carmelita de Leiva<sup>45</sup>.

Almansa reorganizó allí su testamento y dio 200 ducados al pequeño hospital de la villa de Leiva, 200 al hospital de la Purísima Concepción de Tunja y 1.000 ducados para el hospital de San Pedro de Santafé. Ordenó dar dos mil misas por su alma y “trasladar sus huesos a España, al convento de Jesús, María, Joseph, en Madrid del que era patrono”. Murió el arzobispo víctima de la epidemia “en la villa de nuestra Señora de Leyva, a 17 de septiembre de 1633”<sup>46</sup>. El arzobispo, escribe Solís en su barroca novela *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*<sup>47</sup>, “había muerto con gran fama de santidad”<sup>48</sup>.

44 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 32v.

45 Lucena, “capítulo VI”, p. 122.

46 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 32r; Flórez de Ocariz, *Genealogías*, p. 44.

47 Escrito en la segunda mitad del siglo XVII, con una laguna de 100 folios, inconcluso, con dos redacciones conocidas y un tercer manuscrito perdido, *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*, del santafereño Pedro de Solís y Valenzuela, es hoy considerada la primera novela colombiana. La falta de noticias sobre su existencia por casi tres siglos convirtió en un evento su hallazgo por Baltasar Cuartero y Huerta en España (1963), quien afirmó que su autor era fray Bruno de Solís, hermano mayor de Pedro. Luego, investigadores del Instituto Caro y Cuervo concluyeron que era Pedro de Solís y Valenzuela, tras encontrar los primeros capítulos en Medellín y realizar en 1974 una edición preparada por una comisión del Instituto en el cual la introducción estuvo a cargo del lingüista colombiano Jorge Páramo Pomareda, en la que se da cuenta de todo el proceso de su descubrimiento y publicación. El barroco texto, que defiende los derechos de los criollos, es una escritura colaborativa. Como en el *Epítome breve de la Vida y Muerte*, Bruno y Pedro y el pintor Acero de la Cruz, aparecen como personajes. En alguno de los manuscritos aparece también una obra de teatro en honor a San Juan Bautista, representada por una compañía de teatro de los jesuitas del noviciado de Tunja. Solís y Valenzuela de, Pedro. *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*. Bogotá, Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015 [S. XVII], pp. 10-11; Páramo Pomareda, Jorge. “Introducción, estudios y notas”. De Solís y Valenzuela, Pedro. *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*. Bogotá, publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1977, p. XXI; Ramírez, Hugo Hernán. *Una fiesta teatral en la Nueva Granada del siglo XVII*. Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2015.

48 Solís, *El Desierto*, p. 406.

El dominico fray Pedro de Tobar y Buendía (1616-1663), en su obra sobre la Virgen de Chiquinquirá, se equivoca al colocar al arzobispo primero en Tinjacá al empezar la epidemia, cuando estaba en realidad en Pamplona. Luego lo sitúa en Samacá, donde, según Tobar y Buendía, Almanza ordenó que llevaran el cuadro de la Virgen de Tunja, lugar en que había remitido ya la peste, a Santafé, “para remedio de la peste y plaga que padecían”<sup>49</sup>, aunque lo que hizo en realidad fue traerla a Tunja. Sostiene, además, que Almanza no enfermó en Tunja, como afirman los otros cronistas, sino “en el pueblo de Samacá, [y] salió de él para la Villa de Nuestra Señora de Leiva”<sup>50</sup>, donde falleció. Tobar y Buendía da como fecha de muerte el día 27 de septiembre y agrega que el novenario en la iglesia mayor de Tunja inició el 22 de agosto.

En el convento dominico de Chiquinquirá existe un retrato del arzobispo Bernardino de Almanza, escribe el historiador académico Restrepo Posada, cuya inscripción reza:

“Estando en el pueblo de Samacá, andando en prosecución de su visita, expidió auto de 19 de septiembre del año de 1633 en que mandó se entregase a Religiosos la santa iglesia de Chiquinquirá por vía de permuta para que la Portentosa Imagen de Nuestra Señora fuese servida con el mayor culto y veneración”<sup>51</sup>.

Según Restrepo, Almanza expidió el auto el mismo día que el taumatúrgico cuadro llegaba a Santafé. El único problema de esta fuente, que es usada por Tobar y por historiadores como Restrepo y Ariza, es que Almanza había muerto en Leiva dos días antes, el 17 de septiembre de 1633.

El confesor y otros sacerdotes de la familia Almanza compusieron el cuerpo del difunto, vistiéndolo de morado, sin embalsamarlo. Al ponerle los guantes, reconocieron que el cadáver del arzobispo “tenía las manos tratables y blandas, como de hombre vivo, que son privilegios de la virginidad; y del cuerpo [saltaba] un olor suave que todos decían era como de una fruta de la tierra, muy olorosa, que llaman piñas”<sup>52</sup>. El cadáver de Santa Teresa olía a rosas y el arzobispo criollo olía a fruta tropical, a piña; el de Alejandro Magno a violetas y el de Haller a almizcle<sup>53</sup>. La normal rigidez cadavérica no se presentaba y el

49 Tobar y Buendía, Pedro. *Verdadera histórica relación del origen, manifestación, y prodigiosa renovación por sí misma, y milagros de la imagen de la Sacratísima Virgen María Madre de Dios Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá que está en el Nuevo Reino de Granada de las Indias, a cuidado de los religiosos de la Orden de Predicadores*. En Madrid. Tunja, Academia Boyacense de Historia, 1986 [1694], p. 161.

50 *Ibidem*, p. 163.

51 Restrepo, *Arquidiócesis de Bogotá*, p. 73.

52 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 34v-34r.

53 Corbin, Alain. *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 48.

olor del cadáver no era molesto, era suave, exhalaba una fragancia a piña que era percibida como el *olor de santidad*:

“El día siguiente se hizo el entierro, por vía de depósito, debajo de la Peaña del Altar Mayor de la iglesia parroquial de aquella villa, y temiendo no se le hubiese pegado la peste en Tunja, porque no la pegase a la villa donde no había entrado hasta entonces, ahondaron dos estados la sepultura y encima echaron dos fanegas de cal viva, con algún agua para que con la humedad y vigor de la cal se consumiese en breve la carne, para poder llevar los huesos a Madrid”<sup>54</sup>.

El cadáver fue enterrado a profundidad<sup>55</sup>, dado el riesgo de contagio en plena epidemia, bajo la peana del altar mayor. Inmediatamente le echaron encima dos fanegas<sup>56</sup> de cal viva, que Alain Corbin considera “el primero de los desinfectantes químicos”, al que se ensalzaba por su poder desodorizante, ya que “la cal desodoriza también los cadáveres, acelera la putrefacción de la materia animal [...] disuelve los miasmas y les impide subir a la atmósfera”<sup>57</sup>. A la cal le añadieron agua para que, según Solís, se consumiera la carne y se pudiera así trasportar los huesos a Madrid<sup>58</sup>.

El historiador de la medicina Pedro María Ibáñez escribió, a fines del siglo XIX, que cuando se presentó la epidemia, en 1633, en Santafé solo residía entonces en la capital el médico y cirujano español Pedro de Valenzuela, la “única persona que poseía algunos conocimientos médicos” para enfrentar la mortal epidemia<sup>59</sup>. También historiador de la medicina, Andrés Soriano Lleras se refiere igualmente a Pedro Fernández y Valenzuela, un cirujano español residente en Santafé, profesor de medicina, quien tuvo siete hijos con Juana Vázquez de Solís y fue conocido por curar usando plantas medicinales y por su afición a temas relacionados con la muerte. Soriano Lleras califica a Fernández y Valenzuela como un personaje excéntrico, que había llegado al Nuevo Reino

54 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 34r.

55 En cuanto a las prácticas funerarias en los reinos peninsulares e indianos de la Monarquía Hispánica, la mayoría de los estudios se refieren a los cambios introducidos por el reformismo borbónico en la higienización de los espacios urbanos y la creación de cementerios a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, reformas que prohibieron principalmente, aunque con muchas resistencias, la inhumación en las iglesias. Feria, Diego y Ramos, Cristina. “*Salus populi suprema lex esto*: Fe, ciencia y política en la modernización de las prácticas funerarias (siglos XVIII-XIX)”. *Historia 396*, Vol. 3, N°2, 2013, pp. 217-248 y Martínez, Abel y Otálora, Andrés. “Los miasmas del hospital y las tumbas en las iglesias: inmundicia, corrupción y muerte en el centro urbano de Tunja, Colombia (1773-1863)”. Mantovani, Rafael y Mota, André (orgs.). *Saúde e Espaço Público na América Latina do século XVIII ao XX*. São Paulo, HUCITEC, 2023, pp. 19-43.

56 La fanega es una medida de capacidad para el grano que equivalía en Castilla a 55,5 litros.

57 Corbin, *El perfume o el miasma*, p. 120.

58 La cal viva, a la que se agrega igual cantidad de agua, se utiliza como desinfectante, eliminando los malos olores. La solución se torna fuertemente alcalina, actuando como fungicida y bactericida.

59 Ibáñez, Pedro María. *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1968, p. 14.

por petición de su tío Pedro Fernández y Valenzuela, quien vino en la expedición de Jiménez de Quesada<sup>60</sup>.

De los siete hijos del cirujano, que tenía 82 años cuando expuso el cadáver incorrupto de Almansa en su casa, dos de ellos, Bruno y Pedro Solís, son actores principales en la vida y muerte de Almansa, cuyo cadáver reposó en el oratorio particular de la familia Solís en la capital. Fue en esa casa en donde el pintor santafereño Antonio Acero de la Cruz decoró el túmulo funerario, en que se exhibió al público, en capilla ardiente, el cadáver incorrupto. Acero de la Cruz, muy amigo de Pedro y de Bruno, quien también aparece en la novela *El desierto prodigioso*, pintó la puerta de la capilla y la adornó con varios jeroglíficos y con algunos versos en honor del criollo arzobispo Almansa, versos que incluye Solís en su *Epítome*<sup>61</sup>.

El tifus exantemático, o tabardillo, afectó a los indígenas, a los esclavos, a los españoles, a los criollos y a las castas. El cabildo de Santafé, alarmado por la mortalidad y la despoblación, se dirigió al rey, un mes después de la muerte de Almansa, en octubre de 1633, testimoniando la alta mortalidad causada por la epidemia:

“Creímos que la peste solo diera a los indios, pero hemos visto que con la misma violencia ha dado a los negros de que ha muerto una gran suma con daño irreparable del común del Reino. Y cuando pareció que iba en alguna declinación [...] pasó a los mestizos y mulatos y habiéndose detenido entre ellos algunos días con muerte de muchos se ha ido entrometiendo con los españoles nacidos en esos y estos reinos con la misma malignidad que le dio a los demás de que han muerto personas de punta y entre ellas algunas de este ayuntamiento”<sup>62</sup>.

## LAS DOS REPRESENTACIONES DEL ARZOBISPO ALMANSA

En este conflicto del Nuevo Reino, el clero secular y las órdenes franciscana y dominica también se enfrentaron, en esa ocasión, por el control de la casa de Chiquinquirá. El arzobispo Almansa fue el responsable de revivir, en el barroco siglo XVII, el culto y el uso taumatúrgico del cuadro de la Virgen, que el platero y pintor andaluz Alonso de Narváez pintara en Tunja y que se usó taumatúrgicamente en la epidemia de viruela de 1587.

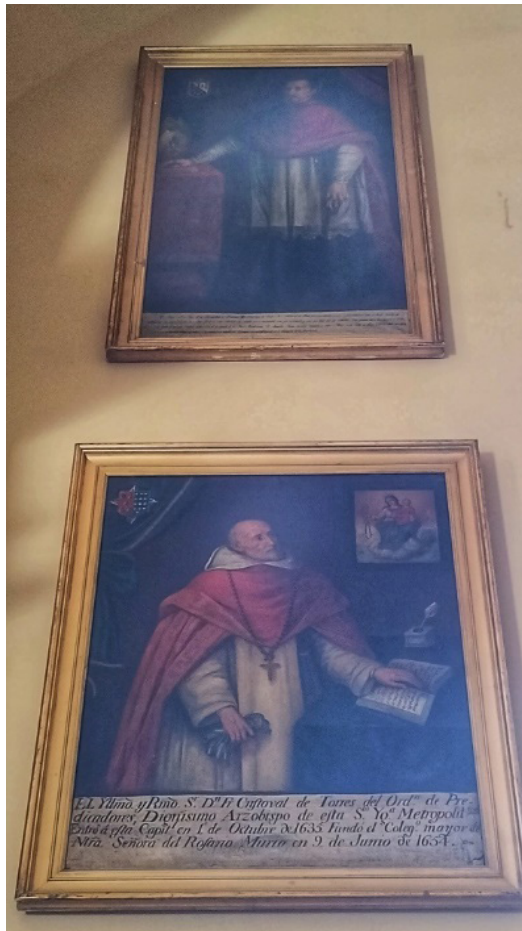
60 Soriano Lleras, Andrés. “La medicina en el Nuevo Reino de Granada en el siglo XVII”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 6, N°11, 1963, pp. 1706-1713, p. 1707.

61 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 66v.

62 Cabildo de Santa Fe. “Carta al Rey del cabildo secular de Santafé dando cuenta de la epidemia de peste en las provincias de Santa Fe y Tunja y de algunas de las personas que han muerto de ella”. Santa Fe, 6 de octubre de 1633. AGI, Cabildos seculares, Audiencia de Santa Fe, leg. 61, f. 53r.

La difusión de la imagen como Virgen, ya como Virgen del Rosario de Chiquinquirá, se debe al sucesor del arzobispo Almansa, el influyente dominico castellano fray Cristóbal de Torres, quien al frente del arzobispado de Santafé dio la última autorización, con el beneplácito del Marqués de Sofraga, para que los dominicos se hicieran cargo de la casa de Chiquinquirá, al tiempo que promovía la difusión de la devoción del Rosario en el Nuevo Reino de Granada (Imagen N°1).

Imagen N°1. Los arzobispos Bernardino de Almansa (arriba) y fray Cristóbal de Torres (abajo)



Fuente: Galería de arzobispos de Bogotá en la Sacristía Mayor de la Catedral Primada, Arquidiócesis de Bogotá.

Existe un enigmático cuadro del arzobispo Almansa que aparece en el libro de monseñor José Restrepo Posada, publicado en 1961, y también es referenciado en el libro sobre la medicina en el Nuevo Reino de Granada de Andrés Soriano Lleras, de 1966 (Imagen N°2). Este cuadro representa al arzobispo Bernardino de Almansa con sus respectivas insignias, y es similar al cuadro que se encuentra actualmente en la galería de arzobispos de la Sacristía Mayor de la Catedral de Bogotá. El académico Restrepo Posada manifiesta que este cuadro, que es también anónimo, se encuentra en el convento dominico de Chiquinquirá<sup>63</sup>, agregando que en el caso de los retratos que se encuentran en la Sacristía de Bogotá, a muchos se les mandó pintar el escudo de armas del arzobispo respectivo, tardíamente, en el siglo XX<sup>64</sup>.

Imagen N°2. El arzobispo Bernardino de Almansa



Fuente: Soriano Lleras, Andrés. *La medicina en el Nuevo Reino de Granada durante la conquista y la colonia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, p. 69.

En las dos versiones pictóricas, el arzobispo Almansa apoya una de sus manos sobre un libro, colocado a su vez sobre una mesa cubierta por una rica tela, que alude a las prácticas devotas y al gobierno eclesiástico del prelado. En

63 Restrepo, *Arquidiócesis de Bogotá*, p. 73.

64 *Ibidem*, p. XVI.



sus representaciones fueron incluidas dos mitras colocadas sobre la mesa, correspondientes a sus dos sedes episcopales, la de Santo Domingo y la de Santafé y, por esa misma razón, el arzobispo tiene dos anillos en su mano derecha, la que sostiene un breviario abierto entre sus dedos. Al fondo, y dentro de las convenciones del retrato cortesano, aparece un cortinaje y, tras él, se ve el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá, en la versión pintada por Antonio Acero de la Cruz, encargada al pintor santafereño en 1633<sup>65</sup>, el año de la doble epidemia.

Las diferencias entre el óleo que se encuentra en la Sacristía de la Catedral de Bogotá y el cuadro referenciado por Restrepo Posada en Chiquinquirá son el taumatúrgico cuadro de la Virgen de Chiquinquirá y la esclavitud, esto es, una larga cruz de plata con veinticuatro puntas que Almansa utilizaba como cilicio. Esa cruz que fue encontrada en su cadáver, que se complementa con el anillo que tiene el arzobispo en el dedo índice de la mano izquierda, por lo que puede afirmarse que el cuadro fue realizado después de 1633, es decir, *post mortem*<sup>66</sup>.

En esta batalla historiográfica, en un espacio de la basílica de Chiquinquirá dedicada a los fundadores (Imagen N°3), aparecen hoy los cuadros del enemigo político de Bernardino de Almansa, Sancho Girón, marqués de Sofraga y, al lado, se encuentra su sucesor, el dominico arzobispo fray Cristóbal de Torres, prelado con notoria ascendencia en la corte, y uno de los responsables de propagar en el Nuevo Reino la devoción a la Virgen del Rosario, y la fundación del colegio dominico del mismo nombre en Santafé. Por real cédula de Felipe IV, de 1643, se celebraron en Santafé en 1644 las fiestas en honor a la Virgen del Rosario a la que se juró como patrona de los reinos de la monarquía hispánica, fomentando el rezo del rosario en el Nuevo Reino de Granada<sup>67</sup>.

---

65 Las representaciones posteriores al cuadro de Alonso de Narváez de la Virgen de Chiquinquirá, realizadas por diferentes pintores, datan del siglo XVII. De acuerdo con Guadalupe Romero, "La más significativa [es] la ejecutada por el pintor Antonio Acero de la Cruz en 1643 y conservada en el Museo de la Basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá. No obstante, hay indicios de que Acero de la Cruz pudo pintar otra copia 10 años antes para la iglesia de Fúquene". El grabado más antiguo de la Virgen es el de la novela *El Desierto Prodigioso y Prodigio del Desierto*, de Pedro Solís de Valenzuela de mediados del siglo XVII. Romero, Guadalupe. "El pintor Alonso de Narváez y la devoción a la Virgen de Chiquinquirá. Nuevos aportes biográficos." *Quintana*, N°18, 2019, pp. 315-332, p. 320. Álvarez-White, María Cecilia. *Chiquinquirá Arte y Milagro*. Bogotá, Arco, 1986, pp. 31 y 39.

66 Desde la pandemia de Covid-19, el museo de la Virgen de Chiquinquirá, en el monasterio vecino a la basílica, no ha vuelto a estar abierto al público, por lo que no ha sido posible confirmar si allí se encuentra aún esta pintura.

67 Pacheco, "La organización de la iglesia en Colombia", p. 148.

Imagen N°3. Sancho Girón, Marqués de Sofraga.



Fuente: Basílica de Chiquinquirá, galería de fundadores.

### TRAS LA MUERTE DEL ARZOBISPO ALMANSA EN LA VILLA DE LEIVA

En Facatativá, viniendo de España, cuenta Solís que Almansa ya pensaba en su muerte, que sentía cercana: “bien achacoso del camino, la noche primera que allí durmió, vio que su báculo Pastoral se consumió todo en la tierra, quedando encima por remate una calavera; pronosticándole nuestro Señor la brevedad de su vida en aquella tierra”<sup>68</sup>.

Flórez de Ocáriz escribe que el arzobispo murió a causa de la epidemia de tabardillo en la villa de Leiva y destaca el suave y peculiar olor que exhalaba su cadáver: “Quedó después de muerto tratable y con suave olor, siendo la enfermedad de tabardillo”<sup>69</sup>. El historiador argentino Ariel Guance sostiene que entre los atributos del fenómeno de la santidad cristiana existen hechos convertidos en prueba tangible del carácter sagrado de los santos que poseen

68 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 35r.

69 Flórez de Ocáriz, *Genealogías*, p. 44.

una virtud, una energía que se manifiesta a través del cuerpo. Guance incluye entre los atributos la incorruptibilidad del cadáver del santo, el buen olor que despiden y los milagros que obraron sus restos tras la muerte<sup>70</sup>.

El *olor de santidad*, que los expertos denominan osmogenesis, es característico de un conjunto de santas y santos cristianos que fueron llamados miroblitas, cuyos cuerpos, después de haber muerto, exhalaban un olor agradable que fue calificado como suave y celeste o de perfume o fragancia. El olor a santidad, que entra en el cuerpo de los que lo perciben, se convierte en testimonio inmediato de que ese ser es un santo, que ha logrado vencer el aspecto terrenal y corrupto, característico de su naturaleza humana. El santo y su aroma, que tiene propiedades taumatúrgicas ya que cura a los enfermos que lo perciben, “traducen ese rechazo a la muerte”<sup>71</sup> y al apestoso, nauseabundo e insoportable olor que acompaña la putrefacción cadavérica.

El escritor alemán Patrick Süskind, en *El Perfume*, describe que seguía reinando en las ciudades, un siglo después, un hedor nauseabundo, que es inconcebible para el hombre moderno, verdadera antítesis del agradable *olor de santidad*. Süskind describe que en París:

“Las calles apestaban a estiércol, los patios [...] a orina, [...] las escaleras a madera podrida y excremento de rata, las cocinas a col podrida y grasa de carnero; los aposentos [...] apestaban a moho; los dormitorios a sábanas húmedas y grasientas [...] y al penetrante olor dulzón del orinal. Las chimeneas apestaban a azufre, las curtidurías a lejía [...] y los mataderos a sangre. [En la capital francesa], hombres y mujeres apestaban a sudor y a ropa sucia; apestaban los dientes [podridos] y los alientos [de ajo] y cebolla; los cuerpos [viejos] apestaban a queso rancio y a leche agria. Apestaban los ríos, [...] las plazas y las iglesias; el hedor se respiraba en París bajo los puentes y en los palacios. El campesino, el clérigo y el rey apestaban, [...] porque en el siglo XVIII, [...] no había acción humana, que no fuera acompañada de algún hedor”<sup>72</sup>.

Juan Rodríguez Freyle, al final de su obra de madurez, *El Carnero*, que lleva por título *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano*, escrita durante la peste general<sup>73</sup>, consigna sobre

70 Guance, Ariel. “En olor de santidad: La caracterización y alcance de los aromas en la hagiografía hispana medieval”. *Edad Media. Revista de Historia*, N°10, 2009, pp. 131-161, p. 133.

71 *Ibidem*, p. 140.

72 Süskind, Patrick. *El Perfume*. Barcelona, Seix Barral, 1995, p. 9.

73 Escribe Rodríguez Freyle en el capítulo III de *El Carnero*, “nací en esta ciudad de Santafé y al tiempo que escribo esto me hallo con la edad de setenta años, que los cumplo la noche que estoy escribiendo este capítulo, y que son los 25 de abril, día de San Marcos del dicho año de 1636”, lo que lo vuelve cronista que presenció en Santafé la doble y mortal epidemia que acabó con el arzobispo Almansa. Rodríguez Freyle, *El Carnero*, p. 13.

el entierro del arzobispo, en su barroco estilo: “las mortajas y ornamento con que lo enterraron, con haber estado debajo de tierra, están sanos; el cuerpo mirrado, que aún no se ha deshecho”<sup>74</sup>.

El cuerpo fue enterrado con abundante cal, a profundidad en la iglesia de Leiva, que estaba en construcción, que Almansa auxilió con 200 patacones<sup>75</sup>. Allí permaneció por años el cadáver incorrupto, lo que acentuó la leyenda de su santidad. El arzobispo, en el codicilo, que añadió a su testamento en Leiva, nombró albacea: “a un Sacerdote en cuya casa murió [...] éste, viendo que ordenaba su Ilustrísima, que sus huesos fueren llevados a Madrid al Convento de Jesús, María, Joseph; un año después de sepultado el arzobispo, trató de descubrirle y ver en qué estado estaba el cuerpo para poderlo llevar”<sup>76</sup>.

El cura de Leiva alegó en la exhumación su preocupación ante la posibilidad de producirse otra peste, pues por la corrupción del cadáver del arzobispo “se infeccionaría el aire” y podría volver la peste<sup>77</sup>, dado el reciente entierro de Almansa. No obstante, al abrir la tumba debajo del altar, su cadáver se encontró como se había enterrado un año atrás, con mejor olor, prueba de la santidad del arzobispo para Solís: “Se halló el cuerpo del arzobispo como estaba el día en que fue sepultado, sin haber mudanza en carnes, barbas y cabellos; ni en otra cosa y las aromas y perfumes que llevó, no fueron necesarios por ser de mejor olor las que exhalaba el cuerpo”<sup>78</sup>. Flórez de Ocáriz ratifica que el albacea abrió la sepultura, pasado el año estipulado, para ver si era posible llevar su cadáver a España y lo encontró “como el día en que le enterraron, con fragante buen olor y muy tratable, con que volvió a echarle nueva cal y cerrar la sepultura”<sup>79</sup>, para que la cal siguiera consumiendo la carne, evitando la putrefacción.

Dos años después de la muerte del arzobispo Almansa, abrieron nuevamente la sepultura en la iglesia de Leiva y encontraron que el cuerpo seguía incorrupto: “Mandó el Canónigo se volviese a cerrar la sepultura otra vez y echar más cal sobre el cuerpo y más agua para que se corrompiese”<sup>80</sup>. En esa fecha, septiembre de 1635, envió el cabildo eclesiástico al licenciado Miguel Jerónimo de la Cerda y al notario Eustacio Sanguino a la diligencia, el que deja testimonio de su entrada en la sepultura con una tea:

“palpé un cuerpo difunto, revestido con tunicelas, casulla y demás ornamentos sacerdotales y guantes, [...] pareció ser el de

74 *Ibidem*, p. 282.

75 Ariza, Alberto. *La villa de Nuestra Señora de Leiva*. Bogotá, editorial Kelly, 1972, p. 111.

76 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 45v-45r.

77 *Ibidem*, f. 45r.

78 *Ibidem*, f. 46v.

79 Flórez de Ocáriz, *Genealogías*, p. 44.

80 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 47v.

Su Señoría el señor Arzobispo, y está entero de pies a cabeza, y le meneé los brazos y del cuerpo lo que se pudo menear dentro del ataúd y está tratable; descubrí la muñeca del brazo izquierdo y toqué la carne que está enjuta, pegada a los huesos; palpé el rostro y la mejilla del lado izquierdo, parece no estar del todo seca; tiene asimismo la cabeza pegada al cuello, el rostro cubierto con la piel, la barba y bozo como si estuviera vivo, la boca algo abierta, de forma que está entero, y las vestiduras sin que cosa de todo ello se rasgase ni pareciese estar podrido; y no olí cosa que pudiera decir era malo ni que me impidiese a mí, ni a los demás que allí estaban el entrar en la sepultura, ver y palpar el dicho cuerpo y hacer con él las diligencias referidas; antes había un olor que asemejaba al que tienen las piñas, [...] el cuerpo está para sacarle y mudararlo a otra parte sin impedimento alguno”<sup>81</sup>.

Cuatro años después de la muerte del arzobispo, abrieron de nuevo la sepultura, retiraron la tierra y la cal que recubría el ataúd y percibieron, como en ocasiones anteriores, que:

“[...] el cuerpo tan incorrupto como antes se había hallado, dando de sí mucho buen olor [...] el vientre estaba enjuto, pero incorrupto, y de color blanco de que dio fe el escribano de la dicha villa, y con toda decencia y reverencia, se metió el cuerpo en un arca muy bien labrada”<sup>82</sup>.

En la iglesia de Leiva, “con porfía, repetida tres veces, echaron cal viva y agua sobre el cadáver [...] pero Dios, Nuestro Señor, que, sin duda alguna, quería que con suave olor y fragancia llegara a la villa de Madrid incorrupto, venció a la porfía de los hombres y a la actividad destructora de la cal”<sup>83</sup>.

## EL TORNAVIAJE DEL CADÁVER DE ALMANSA

El arca se cerró, clavó y cubrió a las 4 de la madrugada, porque los vecinos de Leiva se oponían a que se llevaran el cuerpo del arzobispo de su iglesia, y salió al fin para Santafé, donde le hicieron las honras fúnebres en la catedral. Rodríguez Freyle escribe: “está su cuerpo en esta ciudad, en casa de Pedro de Valenzuela, cirujano, en una capilla adornada, porque el [...] hijo del dicho licenciado [...] ha de llevar a Castilla en la ocasión que se espera este año de 1638”<sup>84</sup>.

Solís añade en *El desierto prodigioso* que el propósito con el cuerpo incorrupto del arzobispo Almansa, una vez exhumado en la iglesia de Leiva, población

81 Flórez de Ocariz, *Genealogías*, pp. 44-45.

82 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 118v-118r.

83 Cuartero y Huerta, Baltasar. “Una obra inédita del Padre Don Bruno de Solís y Valenzuela, monje profeso de la Cartuja de Santa María de el Paular”. *Thesaurus*, Vol. 21, N°1, 1966, pp. 30-75, p. 55.

84 Rodríguez Freyle, *El Carnero*, p. 282.

cercana al desierto de la Candelaria, fue traerlo hasta Santafé para “ponerle en la forma que había de ir a los Reinos de España”<sup>85</sup>. Su padre, el médico, les dio un mayordomo para que los condujese y designó a “dos esclavos para que llevaran la urna y demás cosas necesarias para el viaje”<sup>86</sup>, dándole licencia a sus hijos para que tardasen lo que quisiesen en el traslado de los restos del arzobispo a la capital del Nuevo Reino.

Los hermanos Pedro y Bruno Solís, prepararon, alojaron y expusieron en su casa el cadáver incorrupto del arzobispo, donde lo pudo ver Flórez de Ocáriz, testigo y cronista que había recién llegado de la península:

“El cuerpo estaba algo enjuto, el color tostado, tratables las manos y brazos, entero el vientre y solamente había consumido la cal los ojos, la punta de la nariz, los labios y la oreja izquierda y dejaba intacta la derecha donde tenía la S. y clavo de esclavo de la Virgen, a quien había hecho y firmado carta de esclavitud. Los vestidos sanos, y entre ellos y el pecho tenía una cruz de plata con veinticuatro puntas metidas en la carne como cilicio y cubierta con dos escapularios bastos de las órdenes del Carmen y de la Trinidad. Yo le vi en Santafé [...], del ataúd salían unas palomitas y un olor de consuelo, y los sacerdotes que le asistían meneaban los brazos dando a besar las manos a los que concurrían [...]. Fue varón virgen, de gravedad y entereza a que ayudaba tener el rostro melancólico”<sup>87</sup>.

Flórez de Ocáriz cuenta que, por real cédula, se ordenó el viaje a Madrid del cadáver del arzobispo Bernardino de Almansa y encargaron de ello los albaceas a Bruno Solís, quien en ese momento se llamaba Fernando Fernández de Valenzuela, hijo mayor del médico cirujano, escritor de «obras de teología. historia y poesía»<sup>88</sup>, al que le dieron 1.000 patacones:

“Se enviase el cuerpo del arzobispo en la primera armada, eligieron los albaceas para llevarle al doctor Fernando Fernández de Valenzuela, clérigo entonces y después religioso de la Cartuja, nombrado don Bruno de Valenzuela, recibéndole fianzas de cumplirlo y señalándole mil patacones para el costo, y le dieron despachos para sacarle de la Villa de Leiva, como lo consiguió, trayéndole a la ciudad de Santafé, casi en la misma forma que lo habían hallado en las dos veces antecedentes, y salió desta ciudad de viaje a España a 2 de junio de 1638, habiendo precedido jurídicas averiguaciones e instrumentos de circunstancias admirables que concurrieron a modo de milagros”<sup>89</sup>.

85 Solís, *El Desierto*, p. 407.

86 *Ibidem*, p. 408.

87 Flórez de Ocáriz, *Genealogías*, p. 46-47.

88 Zamora de, Alonso. *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*. Tomo III. Bogotá, Ministerio de Educación, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945 [1701], p. 363.

89 Flórez de Ocáriz, *Genealogías*, p. 46.

El 2 de junio de 1638, con los hermanos Pedro y Bruno, antes Fernando, después monje de la Real Cartuja de Santa María del Paular en Madrid, salió el cuerpo del arzobispo Almansa, en canoa por el río Magdalena vía Mompox, donde el cuerpo fue expuesto y venerado durante cinco horas, para seguir a Cartagena, de donde partió en la flota de galeones el día 7 de agosto de 1638<sup>90</sup>, en la misma nave que viajó de retorno a la península su rival, el marqués de Sofraga, además de llevar el baúl con su Juicio de Residencia. A Cádiz llegó el tornaviaje en julio de 1639 y los Solís viajaron con el cadáver de Almansa a Madrid, al convento de monjas donde lo esperaba su mausoleo<sup>91</sup>.

El cadáver del arzobispo benefactor lo depositó Bruno de Solís, que todavía era Fernando, el 8 de septiembre en el convento de religiosas concepcionistas franciscanas descalzas, a las que había dado 30.000 ducados de plata para labrar su iglesia y para “tener después de muerto sepultura en ella”<sup>92</sup>, que estaba situada en la céntrica calle del Clavel. Este convento fue fundado en 1594 y su comunidad, después de haber residido en diferentes monasterios madrileños, construyó en la década del 60 del siglo XX su residencia actual<sup>93</sup>.

Cuando las franciscanas terminaron la nueva iglesia, la abadesa, sor Jerónima del Espíritu Santo, colocó: “la urna con el cuerpo de su Ilustrísima, en el nicho que para esto se labró; con mucha decencia, y autoridad, e hizo poner encima su retrato; ese día se descubrió el cuerpo de su Ilustrísima, que estaba en la misma forma que el Doctor Valenzuela lo entregó”<sup>94</sup>. Se planeó labrar un suntuoso sepulcro, un arco triunfal para poner la urna y la estatua del arzobispo en alabastro. Restrepo Posada agrega que en el incendio de 1835 fueron destruidas la iglesia y el monasterio y “desapareció el cadáver” del arzobispo Almansa<sup>95</sup>.

Al año siguiente al tornaviaje, 1639, Fernando Solís recibió el hábito del patriarca San Bruno, del que tomó su nombre, cuando cumplía 23 años y se convirtió en monje cartujo (Imagen N<sup>o</sup>4). Fue prior de varias cartujas hasta su muerte, en Jerez de la Frontera, Andalucía<sup>96</sup>.

El proceso de beatificación del arzobispo Almansa nunca progresó en Roma. Afirma Borja que, “aunque la única causa neogranadina que tuvo éxito fue la de Pedro Claver, beatificado en 1850, se adelantaron otros procesos”, entre ellos el del arzobispo Almansa, y la beata tunjana Antonia Cabañas<sup>97</sup>.

90 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 60v

91 *Ibidem*, f. 5v.

92 *Ibidem*, f. 7v.

93 Cuartero, “Una obra inédita”, p. 32.

94 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 71r.

95 Restrepo, *Arquidiócesis de Bogotá*, p. 74.

96 Cuartero, “Una obra inédita”, p. 41.

97 Borja, “Historiografía y hagiografía”, p. 55.

Imagen N°4. Bruno Fernández de Valenzuela, primer cartujo santafereño,  
iglesia de Monserrate, Bogotá



Fotografía de Luis B. Ramos en: Hernández de Alba, Guillermo.  
*Teatro del arte colonial; primera jornada en Santa Fe de Bogotá.* Bogotá,  
Litografía Colombia, 1938, lámina LXXI.

### COLOFÓN: EL POSIBLE ENVENENAMIENTO DEL ARZOBISPO ALMANSA CON POLVO DE DIAMANTE

Los historiadores Lucena y Pacheco se refieren a un posible envenenamiento del arzobispo Almansa al que no dan ninguna credibilidad por falta de documentos. En un artículo del historiador Ernesto Restrepo Tirado se hace referencia a una carta, que en 1634 escribiera al rey Juan Antonio de Almansa Maldonado, sobrino del difunto arzobispo, con el fin de denunciar el posible envenenamiento, sustentado en el duro enfrenamiento y la enemistad con el presidente Sancho Girón: “el arzobispo tuvo aviso de que lo querían matar y así lo comunicó a su majestad pidiéndole licencia para dejar el cargo”<sup>98</sup>.

¿Murió envenenado Almansa?, se pregunta el jesuita Pacheco, al respecto de esa carta del sobrino del arzobispo. El historiador Lucena no pudo encontrar el documento en el Archivo General de Indias<sup>99</sup>. Al posible envenenamiento del

98 Restrepo Tirado, Ernesto. “Muerte de fray Bernardino de Almansa”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXV, N°280, 1938, pp. 110-111, p. 111.

99 Lucena, “capítulo VII”, p. 173.



arzobispo con un chocolate al que le habían introducido polvo de diamante<sup>100</sup> sus enemigos, Solís lo califica como improbable:

“Sus émulos, sin ser profetas ni hijos de profetas, habían profetizado la muerte al arzobispo y dos meses antes le habían conminado que viviría muy poco y que no había de llegar a la Navidad venidera. Con estas hablillas dieron fundamento y ocasión a que se dijese que había muerto de veneno y que en una jícara de chocolate le habían dado un diamante molido; esta voz llegó a cobrar fuerza y obligó a pensar hondamente en el caso, pero como cosa improbable”<sup>101</sup>.

## CONCLUSIONES

La historiografía del Nuevo Reino de Granada, del siglo XIX y primera mitad del XX, tiene en cuenta la presencia e importancia de Bernardino de Almansa, un conflictivo arzobispo que se enfrentó a la Audiencia, al Visitador y a los mismos religiosos, así como su papel durante la epidemia doble que asoló al Nuevo Reino en los meses centrales de 1633.

Subyace en su apresurada visita arzobispal que lo llevó hasta Pamplona, desde finales de 1632, un importante conflicto que enfrentó a los dos poderes del reino. En el marco del Real Patronato, el presidente de la Audiencia, Sancho Girón, Marqués de Sofraga, se enfrentó al arzobispo Bernardino de Almansa, quien intentó, sin éxito, aumentar la autoridad de los arzobispos de Santafé sobre las órdenes religiosas. Como sucedió en Nueva España, en Santafé se enfrentaron los criollos, que habían tomado partido por el arzobispo limeño y los peninsulares, encabezados por el Marqués de Sofraga. En el círculo criollo de Almansa se unen fe barroca, literatura criolla, medicina y pintura.

En el *Desierto prodigioso* aparece el primer grabado del cuadro taumatúrgico de Chiquinquirá a mediados del siglo XVII y la propia difusión que de la imagen hiciera el pintor criollo Antonio Acero de la Cruz, vinculado con los hermanos Pedro y Bruno Solís y Valenzuela y, por lo tanto, vinculado también con la escritura del texto fundador de la literatura neogranadina en el convento de los agustinos recoletos en el desierto de La Candelaria, cercano al santuario de Chiquinquirá y a la zona de influencia de Tunja y la villa de Leiva, lugar en donde se enterró al arzobispo Almansa inicialmente. La presencia de estos tres criollos de la cultura neogranadina en la vida y el traslado del arzobispo a la península, constituyen un movimiento cultural entorno a las ciudades de Santafé y Tunja

100 En el Renacimiento se hizo leyenda el uso del polvo de diamante como veneno. Del papa Medici Clemente VII, se decía que lo envenenaron con polvo de diamante o un hongo venenoso en su comida, en 1532. Su pariente, Catalina de Médicis, fue famosa por usarlo como veneno.

101 Solís, *Epítome breve de la Vida y Muerte*, f. 34r-35v.

anterior a la llegada de la doble epidemia y sus consecuencias demográficas.

De vuelta de su visita pastoral entre Pamplona y Tunja, el arzobispo Almansa adquirió los piojos que le transmitirán el tifus exantemático, cuyos primeros síntomas se manifiestan al finalizar el novenario a la Virgen de Chiquinquirá celebrado en la iglesia mayor de Tunja, antes de ser enviado el cuadro a Santafé, mientras que el arzobispo iniciaba su último viaje a la villa de Leiva, enfermo del mortal tabardillo.

Es de notar la presencia de su cuerpo incorrupto en la villa de Leiva durante cuatro años y el peculiar olor a piña que exhalaba su cadáver, con el que los partidarios del arzobispo trataban de demostrar su santidad y justificar la ira divina por rebelarse las ciudades, autoridades y órdenes religiosas contra su pastor. Esta rebelión fue, para ellos, la causa principal de la doble epidemia que devastó el reino en 1633 y provocó la muerte del arzobispo.

La rivalidad entre las ciudades de Santafé y Tunja se manifiesta una vez más en un enfrentamiento que sucede en la crisis social, demográfica y económica que desencadenó la doble epidemia en las alturas andinas del Nuevo Reino. El clero secular y las órdenes franciscana y dominica se enfrentaron por el control del taumatúrgico cuadro de la Virgen de Chiquinquirá.

El arzobispo Almansa, aunque la historiografía colonial no se lo conceda, es el responsable de revivir, en la cuarta década del barroco siglo XVII, el culto y el uso taumatúrgico del cuadro de la Virgen de Chiquinquirá que se usó en la epidemia de viruela de 1587 en Tunja y Santafé. Como resultado, el cuadro no queda en ninguna de las dos ciudades y decidieron enviarla de vuelta a su casa de Chiquinquirá, decisión final que toma el sucesor de Almansa, el dominico y arzobispo de Santafé fray Cristóbal de Torres, gran promotor de la devoción del Rosario en el Nuevo Reino, que incluye el adaptar el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá a esta devoción y entregar el santuario a los dominicos.

Durante las epidemias de 1587 y 1633, para los tunjanos que las sufrieron, este cuadro no tuvo la advocación del Rosario. Los cronistas anteriores a Pedro Tobar y Buendía y los documentos de archivo, usan solo el nombre de Virgen de Chiquinquirá, nombre que también recibe la ermita que en Tunja celebra su taumatúrgica intervención en la epidemia de 1633.

Finalmente, en cuanto a la iconografía, sería importante estudiar las dos representaciones del arzobispo Almansa, figura olvidada, que representa los múltiples enfrentamientos que se sucedieron en el Nuevo Reino de Granada en el barroco siglo XVII y el florecimiento de una cultura neogranadina criolla en la literatura y el arte en las ciudades de Santafé y Tunja.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes de archivos

Archivo General de Indias (Sevilla). Fondo Cabildos seculares, Audiencia de Santa Fe.

### Documentos impresos

Del Rey-Fajardo, José, y Alberto Gutiérrez (eds.). *Cartas Anuas de la provincia del Nuevo Reino de Granada. Años 1638 a 1660*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana/Archivo Histórico Javeriano Juan Manuel Pacheco, 2014.

Flórez de Ocariz, Juan. *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*. Tomo I (1612-1692). Madrid, Joseph Fernández de Buendía, impresor de la Real Capilla de su Magestad, 1674.

Rodríguez Freyle, Juan. *El Carnero. Según el otro manuscrito de Yerbabuena*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1997 [1859].

Solís y Valenzuela de, Pedro. *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*. Bogotá, Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015 [s. XVII].

Solís y Valenzuela de, Pedro. *Epítome breve de la Vida y Muerte del Ilustrísimo Doctor Don Bernardino de Almansa, Criollo de la Ciudad de Lima, Tesorero de la Ciudad de Cartagena, Arcediano de La Plata, Inquisidor de Logroño y de Toledo, Arzobispo de la Isla de S. Domingo Primado de las Indias, Arzobispo de la muy noble y leal ciudad de Santa Fe de Bogotá en el Nuevo Reino de Granada...* Lima, Por Pedro de Cabrera, 1646. Colección Fondo Antiguo, Biblioteca Hospital Real, Universidad de Granada, Granada, España, Sala A número 018-203

Tobar y Buendía, Pedro. *Verdadera histórica relación del origen, manifestación, y prodigiosa renovación por sí misma, y milagros de la imagen de la Sacratísima Virgen María Madre de Dios Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá que está en el Nuevo Reino de Granada de las Indias, a cuidado de los religiosos de la Orden de Predicadores. En Madrid*. Tunja, Academia Boyacense de Historia, 1986 [1694].

Zamora, Alonso de. *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*. Tomo III. Bogotá, Ministerio de Educación, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945 [1701].

### Bibliografía

Álvarez-White, María Cecilia. *Chiquinquirá Arte y Milagro*. Bogotá, Arco, 1986.

Álzate, Carlos Mario y Benavides, Fabián Leonardo. "Una aproximación a los estudios sobre la Arquidiócesis de Bogotá". Mancera, Jaime Alberto; Álzate, Carlos Mario y Benavides Fabián Leonardo (eds.). *Arquidiócesis de Bogotá, 450 años: miradas sobre su historia*. Bogotá, ediciones USTA, 2015, pp. 15-32.

Arbeláez Camacho, Carlos y Gil Tovar, Francisco. *El arte colonial en Colombia*. Bogotá, Sol y Luna, 1968.

Ariza, Alberto. *La villa de Nuestra Señora de Leiva*. Bogotá, Editorial Kelly, 1972.

Ariza, Alberto. *Los dominicos en Colombia*. Tomo I. Bogotá, Antropos, 1992.

Borja, Jaime. "Historiografía y hagiografía: vidas ejemplares y escritura de la historia en el Nuevo Reino de Granada". *Fronteras de la Historia*, Vol. 12, 2007, pp. 53-78.

Briceño Jauregui, Manuel. "Don Bernardino de Almansa, personalidad discutida". *Orientaciones Universitarias*, N°52, 2017, pp. 93-115.

Casado, Manuel. "Universitarios al frente del Arzobispado de Santafé de Bogotá. Época colonial". *Estudios de Historia Social y Económica de América*, N°9, 1992, pp. 161-185.

Cobo Betancourt, Juan Fernando. "La consolidación del clero secular y la recepción del catolicismo tridentino, 1600-1654". Mancera, Jaime Alberto; Álzate, Carlos Mario y Benavides, Fabián Leonardo (eds.). *Arquidiócesis de Bogotá, 450 años: miradas sobre su historia*. Bogotá, Ediciones USTA, 2015, pp. 101-132.

Corbin, Alain. *El perfume o el miasma. El olfato y la imaginación social. Siglos XVIII y XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Cuartero y Huerta, Baltasar. "Una obra inédita del Padre Don Bruno de Solís y Valenzuela, monje profeso de la Cartuja de Santa María de el Paular". *Thesaurus*, Vol. 21, N°1, 1966, pp. 30-75.

Dussel, Enrique. *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Tomo I. Introducción. Salamanca, CEHILA/Ediciones Sigueme, 1981.

Feria, Diego y Ramos, Cristina. "'Salus populi suprema lex esto': Fe, ciencia y política en la modernización de las prácticas funerarias (siglos XVIII-XIX)". *Historia 396*, Vol. 3, N°2, 2013, pp. 217-248.

Gil Tovar, Francisco. "Los primeros pintores criollos". Barney-Cabrera, Eugenio (ed.). *Historia del Arte Colombiano*. Tomo 3. Bogotá, Salvat, 1975, pp. 815-836.

Groot, José Manuel. *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, escrita sobre documentos auténticos*. Tomo I. Bogotá, M. Rivas y Cía., 1889.

Guiance, Ariel. "En olor de santidad: La caracterización y alcance de los aromas en la hagiografía hispana medieval". *Edad Media. Revista de Historia*, N°10, 2009, pp. 131-161.

Han, Byung-Chul. *La crisis de la narración*. Bogotá, Herder, 2023.

Hernández de Alba, Guillermo. *Teatro del arte colonial; primera jornada en Santa Fe de Bogotá*. Bogotá, Litografía Colombia, 1938.

Ibáñez, Pedro María. *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1968.

Lucena, Manuel. "Capítulo VI", "Capítulo VII". Academia Colombiana de Historia (ed.). *Nuevo Reino de Granada: Real Audiencia y presidentes*. Tomo II. Presidentes de Capa y Espada (1628-1654). *Historia Extensa de Colombia*. Vol.

III. Bogotá, Lerner, 1967, pp. 95-174.

Mantilla, Luis Carlos. *Los franciscanos en Colombia*. Tomo II (1600-1700). Bogotá, Kelly, 1987.

Martínez, Abel y Otálora, Andrés. "Los miasmas del hospital y las tumbas en las iglesias: inmundicia, corrupción y muerte en el centro urbano de Tunja, Colombia (1773-1863)". Mantovani, Rafael y Mota, André (orgs.). *Saúde e Espaço Público na América Latina do século XVIII ao XX*. São Paulo, HUCITEC, 2023, pp. 19-43.

Martínez, Abel y Otálora, Andrés. "La peste que dejó despobladas las casas y yermas las ciudades en el Nuevo Reino de Granada, 1633". *HiSTOReLo Revista de Historia Regional y Local*, Vol. 15, N°34, 2023, pp. 205-239.

Martínez, Abel y Otálora, Andrés. "Una celestial medicina. La Virgen de Chiquinquirá y las pestes de 1587 y 1633 en Tunja". *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, N°50, 2019, pp. 41-68.

Martínez Zulaica, Antonio. *Las artes plásticas en Boyacá*. Tunja, Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá, 1983.

Ots Capdequí, José María. *El Estado Español en las Indias*. México, El Colegio de México, 1941.

Pacheco, Juan Manuel. "Historia Eclesiástica. Tomo II. La consolidación de la Iglesia. Siglo XVII". Academia Colombiana de Historia (ed.). *Historia Extensa de Colombia*. Vol. XIII. Bogotá, Lerner, 1975, pp. 1-740.

Pacheco, Juan Manuel. "La evangelización en Colombia". Dussel, Enrique (coord.). *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Tomo VII. Colombia y Venezuela. Salamanca, CEHILA/Ediciones Sígueme, 1981, pp. 17-39.

Pacheco, Juan Manuel. "La organización de la iglesia en Colombia". Dussel, Enrique (coord.). *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Tomo VII. Colombia y Venezuela. Salamanca, CEHILA/Ediciones Sígueme, 1981, pp. 127-150.

Páramo Pomareda, Jorge. "Introducción, estudios y notas". De Solís y Valenzuela, Pedro. *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*. Bogotá, publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1977, pp. I-LXC.

Ramírez, Hugo Hernán. *Una fiesta teatral en la Nueva Granada del siglo XVII*. Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2015.

Restrepo Posada, José. *Arquidiócesis de Bogotá. Datos biográficos de sus prelados*. Tomo I. 1564-1819. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1961.

Restrepo Tirado, Ernesto. "Muerte de fray Bernardino de Almansa". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXV, N°280, 1938, pp. 110-111.

Rojas, Ulises. *Juan de Castellanos. Biografía*. Tunja, Imprenta Departamental, 1958.

Romero, Guadalupe. "El pintor Alonso de Narváez y la devoción a la Virgen de Chiquinquirá. Nuevos aportes biográficos". *Quintana*, N°18, 2019, pp. 315-332.

Soriano Lleras, Andrés. "La medicina en el Nuevo Reino de Granada en el siglo XVII". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 6, N°11, 1963, pp. 1706-1713.

Soriano Lleras, Andrés. *La medicina en el Nuevo Reino de Granada durante la conquista y la colonia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966.

Süskind, Patrick. *El Perfume*. Barcelona, Seix Barral, 1995.

Recibido el 3 de diciembre de 2023

Aceptado el 27 de febrero de 2024

Nueva versión: 25 de marzo de 2024